



“La locura de Dn. José de Gálvez”

p. 11-42

*Lecciones de California*

Alfonso Teja Zabre

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Historia

1962

170 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, Primera Serie 63)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 18 de noviembre de 2022

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/071/lecciones\\_california.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/071/lecciones_california.html)

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## PRIMERA PARTE



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## LA LOCURA DE DON JOSÉ DE GÁLVEZ

EN UNA obra titulada *La última expansión española en América* (Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1957), estudia el profesor de la universidad matritense don Mario Hernández Sánchez-Barba la acción española en la provincia de Sonora, de la Nueva España, en la segunda mitad del siglo XVIII.

En este cuadro se destaca la personalidad del visitador Gálvez, más tarde marqués de Sonora y visconde de Sinaloa, y como episodio central nos hallamos con los sucesos dramáticos y hasta ahora misteriosos y confusos que dan un toque de fantasía y de locura a la gran empresa de la expansión española en su etapa final.

Vamos a glosar en seguida la parte que más nos interesa del libro mencionado.

La personalidad histórica de don José de Gálvez le acredita como figura de primera magnitud en la constelación política española del siglo XVIII. Su concepto de América, adquirido prácticamente sobre el terreno, su genialidad operante, sus grandes concepciones políticas, hicieron cambiar sustancialmente la política española en América... Supo plasmar la idea de unir la provincia de Sonora con las dos Californias... No pudo terminar totalmente su obra, porque hubo de hacerla sin contar con grandes ayudas... Aunque adscrito a las nuevas corrientes ideológicas, no abandonó por ello un solo instante el concepto español de la vida.

El 25 de agosto de 1765 llegó Gálvez a México como visitador general, primer puesto de importancia en su carrera política. Su comisión incluía la supervisión de los Tribunales de Justicia y el arreglo de los ramos de la Real Hacienda, con facultades para reformar las costumbres y examinar la conducta de los empleados civiles. Con carácter reservado, parece que tenía también el encargo de investigar las acusaciones formuladas en contra del virrey marqués de Cruillas, por malversación de fondos. Inme-

diatamente comenzó su visita, desplegando una actividad extraordinaria y provocando por su energía el descontento entre individuos perjudicados en sus intereses, y en particular, el grupo más cercano al virrey. Esta tensión llegó al extremo de producir la caída del marqués de Cruillas y la designación del nuevo virrey don Carlos Francisco de Croix, dispuesto no solamente a colaborar con Gálvez, sino a obedecerlo.

En la expulsión de los jesuitas, Gálvez fue un colaborador del virrey; en la empresa de la pacificación de Sonora el virrey fue en realidad un instrumento manejado por Gálvez. Esto produjo la cooperación de un hombre inteligente y activo como era Gálvez con otro que ostentaba el poder y era un buen organizador; y al mismo tiempo aumentó la hostilidad en contra del visitador, porque a sus propios enemigos se agregaron los del virrey.

Después de las duras represiones dirigidas personalmente por Gálvez en algunas provincias con motivo de la expulsión de los jesuitas, regresó a México el visitador en noviembre de 1767 y “pensó con viveza en la reducción de aquellas partes del septentrión de la Nueva España”. (Aquí es oportuno referirse a un interesante documento que contiene revelaciones extraordinarias sobre la conducta del visitador: *Expedición de Gálvez a California, Sonora y Nueva Vizcaya, relatada por su Secretario don Juan Manuel de Viniegra*, Madrid, 10-10-1771. Biblioteca Nacional Mss. 4.494. Papeles varios, fols. 411-530).

Gálvez había comenzado con anterioridad a preparar su empresa. En marzo de 1767 escribía en carta particular sobre sus proyectos de fundar una cadena de poblaciones para ligar a Sonora con el resto de la Nueva España y expresaba haber conseguido como aportación voluntaria del comercio de México la cantidad de ciento noventa mil pesos. Sin esperar que las autoridades de la metrópoli aprobaran sus planes, convocó en México a una Junta de Guerra y Hacienda, presidida por los más altos representantes de la Corona y obtuvo fácilmente autorización para emprender su expedición que debía tener por objeto “el arreglo de California y el poblamiento de Sonora”. En esta reunión (25 de enero de 1768), se decidió también decretar la libertad de comercio entre Sonora y California y facilitar el envío de recursos indispensables para la vida desde los puertos de San Blas y de Acapulco. Esto demuestra que las intenciones de Gálvez iban mucho más allá de la pacificación de Sonora, lo cual se confirma al advertir que el mismo visitador, al referirse a su comisión decía que la “Junta le había encargado para que pasase a California, Sonora y Nueva Vizcaya.”



La magnitud de los proyectos se aprecia mejor en estas palabras del virrey, al recomendarlos efusivamente “por ser este asunto el mayor después de la Conquista de estos dominios”. Por eso apoyó al visitador ante la Corte de Madrid y convocó a una nueva Junta de guerra para probar sin discusión las condiciones que Gálvez fijó para realizar la empresa. En efecto, el visitador pidió y obtuvo lo siguiente: Representación amplísima con todas las facultades inherentes al cargo de virrey; permiso para disponer de la mitad de los bienes destinados para fundaciones pías en la península de California; facultad para fijar la ubicación de presidios fronterizos y poblaciones y para repartir tierras “según se practicaba en España con los colonos que se establecen en Sierra Morena”; facultad para imponer cuotas o contribuciones para los gastos de la expedición a los habitantes de las provincias y disponer de la tercera parte de estos ingresos; entrega de mil quintales de azogue para fomentar la minería y 200 quintales de pólvora con el mismo fin; y por último, autorización para nombrar funcionarios civiles y para cargar al fondo de la expedición sus gastos personales, que no podía atender con su propio sueldo.

Hasta el 20 de septiembre de 1768 el rey de España aprobó las resoluciones de junta, pero Gálvez, confiado seguramente en las influencias que lo apoyaban en la Corte se apresuró a iniciar la expedición.

Un folleto, que se supone inspirado en motivos personales atribuye al visitador los siguientes conceptos:

La Naturaleza ha favorecido al puerto de Cerralvo, en el golfo de las Californias, para su defensa, con un murallón de plata potable, capaz, por la abundancia y extensión de embilecerse por sí mismo este metal, en todas las Naciones del mundo. Por medio de este y otros hallazgos que la providencia Divina escondió a los famosos conquistadores, quiere hacer memorable el nombre de este humilde criado del Rey español: dichoso S.M. con mi venida, pues haré exceder sus tesoros a los de Creso, y sus vasallos a los de Xerges. Venturosos serán también los Cirineos que llevó a esta Santa Empresa, porque con la gloria de arribar a tan feliz puerto, verán relucir lo que con torrentes de agua se oculta en el abismo, y tal vez las anclas de los Buques que nos conduzcan agarrarán en selvas de Corales y en Placeres castrados de perlas, según las bien circunstanciadas noticias con que me hallo. Desde California me seguirán 5 a 6 millones de pesos, que inmediatamente haré acuñar en mi nueva casa de moneda para ocurrir a las primeras urgencias de la fundación de la ciudad de Carolopolis sobre la unión de los dos famosos ríos Colorado y Gila, y la que llevo hieada y he de situar en el cabo de San Lucas con el nombre de Luqueya...



Este discurso se puede calificar como superchería de uno de los muchos enemigos de Gálvez y del virrey. (“Gracias especies que se le ocurrieron al Visitador General D. José de Gálvez antes de partir la expedición de Sonora y California”. Archivo General de las Indias, Estado Legajo. 42. documento No. 3.) Sin embargo, si se tienen en cuenta los extravíos y disparates que vamos a relatar, podría creerse que en estas frases hay un reflejo de expresiones vertidas por Gálvez, en su entusiasmo por la empresa.

La preparación financiera de la expedición merece mencionarse en detalle. La Real Hacienda no hizo ninguna aportación directa, ya sea por penuria o por deseo de Gálvez de operar con relativa independencia, recordando en cierta forma la conducta de los primitivos conquistadores. El virrey entregó cincuenta mil pesos, destinados a obras que Gálvez debería realizar en California al margen de su misión; el arzobispo y el cabildo de México contribuyeron con cinco mil pesos y en la misma proporción el arzobispo y el cabildo de Puebla; los comerciantes de México y de Veracruz hicieron donativos y préstamos; se anticiparon los situados de las Cajas Reales de México a California; se adquirió un préstamo sobre la tesorería del tabaco de Guadalajara y las Cajas Reales de esta propia ciudad prestaron además trescientos mil pesos. Además, con préstamos de particulares se llegó a la suma en conjunto de novecientos treinta y siete mil ochocientos pesos. (Archivo General de Indias, México, leg. 21478. Testimonios de los cuadernos que contienen las cuentas hechas por el tesorero Juan José Echeveste y el recaudador de fondos Pedro Corbalan. Tribunal de Cuentas a Arriaga, México, 24-5-1769. AGI, Guadalajara, leg. 416, doc. 28. Croix a Arriaga. 14-3-1768, docs. 24 y 25).

La colaboración de los vecinos y de las misiones de Sinaloa, Sonora y California fue muy importante, pues aun cuando no alcanzó mayores proporciones en dinero efectivo, fue de gran utilidad por la cooperación en víveres y medios de transporte y de trabajo y sirvió para dar a la empresa un carácter colectivo, superior a la simple actividad oficial.

No es el propósito de estas anotaciones reproducir las crónicas más o menos conocidas de la expedición de Gálvez y sus trabajos de organización de California y pacificación de Sonora, sino señalarlos únicamente como antecedentes de la colonización de la Alta California y prólogo de los sucesos que dieron fin a la empresa y la dejaron como un gran proyecto frustrado. Esto es lo que se conocía como “enfermedad de Gálvez”, determinante de su retirada de la zona que hasta entonces había sido escenario de su actividad política.



Desde mediados de julio de 1769 se encuentran en su correspondencia indicios de salud alterada. Escribía: “aunque pueda importar en la actualidad la conservación de mi salud, no me es posible cuidar de ella, porque es infinito lo que me ocurre, y mi genio quiere acudir a todas partes.” Y juzgaba que la causa era “lo contrario que es a mi naturaleza este temperamento y el inmenso trabajo que ha caído sobre mi cansado Espíritu en los graves asuntos que ocurren en estas provincias.” (Carta de Gálvez a Pineda. Real Academia de la Historia. Colección de Memorias de la Nueva España, t. XVIII. f. 40 vols. 43, 44.)

El 29 de agosto comunicó al virrey que se encontraba “libre del riesgo de unas perniciosas tercianas y otros accidentes de que padeció por espacio de un mes.”

Y en otras cartas insistió sobre su mejoría, comprobada por su actividad en las tareas de pacificación. Pero las fiebres tercianas se repitieron, y el virrey recibió informes del cirujano que atendía a Gálvez, con la recomendación de que el enfermo se trasladara a México, pues aunque había tenido que dejar el cuartel del Pitic, no había hallado alivio en la misión de Ures a pesar de la mejoría de clima. En consecuencia, el virrey ordenó que Gálvez se restituyera a México para su curación.

Estos son los datos oficiales, y hasta ahora los más conocidos por la mayor parte de los historiadores. Diversas referencias a las extravagancias de Gálvez solamente se habían hecho sin ahondar más en el asunto, y a veces con evidente ligereza, tomando algunas frases o hechos como indicios del carácter del visitador y no como extravíos ocasionales.

El profesor Hernández Sánchez-Barba presenta como información de gran interés el documento que ya hemos citado, suscrito por el secretario Juan Manuel de Viniegra.

Gálvez tuvo en la Nueva España dos secretarios de oficio: don Miguel José de Azanza, más tarde virrey y don Juan Manuel de Viniegra. Ambos fueron apresados e incomunicados cuando regresaron a México en compañía del visitador, les fueron intervenidos todos sus papeles y por separado fueron remitidos, Azanza a La Habana y Viniegra a España. El informe de Viniegra tiene la fecha del 10 de octubre de 1771.

Es posible que los datos proporcionados por el secretario de Gálvez obedezcan en parte a resentimiento, porque según parece, el hecho de haber transmitido noticias sobre los trastornos del visitador usando el término de “locura” fue la causa de su prisión y desgracia. Juzgar a una persona como demente o loco en aquellos tiempos era tanto como creerlo endemoniado, y en el caso de una personalidad como Gálvez la indiscre-

cion se convertía en atentado. Pero sin la calificación de locura, ya sea estimadas como signos de enfermedad o extravagancia, las palabras y gestos del visitador fueron anotados por otros individuos, y hay en las relaciones respectivas un fondo de verdad.

Lo cierto es que Azanza y Viniegra fueron castigados severamente. Azanza pasó a La Habana y después a España, donde volvió a recibir la protección de Gálvez y ascendió hasta los puestos de ministro de la Guerra y virrey de Nueva España. En cambio Viniegra se perdió en la obscuridad, tal vez por no haber tenido ocasión de recibir recompensa por su silencio. Además, su informe no parece realmente inspirado por la malevolencia, sino por el deseo de propia justificación, y de todos modos, es tan interesante su testimonio que vale la pena registrarlo.

La salud de Gálvez, cuenta Viniegra, comenzó a resentirse a raíz de la sublevación de los indios “fuerteños”; esta circunstancia y la tenacidad defensiva de los rebeldes de Cerro Prieto y la falta de caudales para continuar la campaña “le encogieron el corazón y le consternaron el espíritu, en tanto grado que entregándose a una profunda melancolía, ningún objeto ni diversión se la desvanecía.” Continuó sin embargo su actividad oficial, mezclando disposiciones prácticas y sensatas con algunos rasgos fuera de lo común. Ordenó, entre otras cosas, una quema pública y solemne de arcos, flechas, macanas y todo instrumento ofensivo de los indios “mayos y fuertes” y ante dos mil indígenas asombrados pronunció un discurso ferviente, blandiendo al mismo tiempo su espada. Los jefes indios debían prestar juramento de fidelidad, y Gálvez, colocado en el lado del Evangelio, frente al altar mayor de la iglesia real de Alamos, con la cabeza cubierta y el acero en la mano, recibía el voto de los indios que se inclinaban y besaban la cruz de la espada.

La rara conducta de Gálvez se describe también en el folleto que aparece anónimo en el Archivo General de Indias. El título completo es: *Graciosas especies que se le ocurrieron al visitador Gral. de Justicia y Ramos de la Real Hacienda de la Na. España D. José de Gálvez antes de partir a la expedición de Sonora y Californias y durante su peregrinación en aquellos desiertos, a los que se condujo con el fin de mejorar su constitución: de poblarlos: de reducir las Naciones Bárbaras y de desentrañar las inmensas riquezas de sus minerales.* Según el profesor Sánchez-Barba, aunque anónimo y sin fecha, este escrito de carácter político puede atribuirse al mismo autor de los *Apuntes sobre el gobierno de América*, fechados en Madrid el 5 de octubre de 1777, don Francisco de Roma y Rosell. Ambos manuscritos fueron sacados de un legajo titulado: *Amé-*

*rica: memorias y representaciones relativas a aquellos dominios y clasificados en el Archivo de Indias en la Sección de Estado, leg. 42.*

Cuando tuvo un alivio de sus fiebres tercianas salió Gálvez en viaje hacia el cuartel de Pitic, para continuar su asedio en contra de los rebeldes de Cerro Prieto. Pero antes se dirigió al Real de Aduana, cerca de Alamos, para rezar ante una imagen de Nuestra Señora de Balvanera. Puso su estoque en el ara, se hincó de rodillas y luego se postró con todo su cuerpo en el suelo, con los brazos abiertos y oró un buen rato. Luego se volvió al auditorio para pedir en voz alta que rogaran a Dios por la continuación de su salud y que si convenía, le iluminase con los medios más eficaces para destruir a los indios rebeldes.

Aquí comienzan a surgir los incidentes más raros. Gálvez declaró que “para la salida de la expedición que había proyectado era necesario recurrir a un patente milagro y desde entonces empezó (como lo vimos después), a asomarse aquel accidente.” Y surge la pregunta: ¿Fingió Gálvez la locura para que lo retirasen y no tener que continuar una expedición, en la que ya había conseguido lo que permitían sus escasos recursos económicos?

En el pueblo de San Miguel asistió Gálvez a una fiesta que los indios celebraban, y durante la noche permaneció con los nativos “comiendo todos aquellos extravagantes guisados que sólo a los Indios son sabrosos, y causando sorpresa ver al Jefe con una festiva familiaridad muy agena de su genial entera y compostura.”

Llegó el visitador al cuartel de Pitic el 10. de octubre y hasta el 13 mantuvo conferencias con los militares preparando un asalto definitivo contra Cerro Prieto. El mismo día 13 todavía redactaba un informe que pensaba enviar a Madrid, pero no pudo terminarlo. A las dos de la mañana salió precipitadamente de su tienda, llamó al sargento mayor Matías de Armona, que pasaba casualmente y le dijo:

Acaba de traerme unos pliegos San Francisco de Asís por los que me instruye de la ignorancia de los jefes militares en la guerra que hacen a los indios enemigos. Yo los voy a destruir en tres días, con sólo traer de Guatemala seiscientas monas, que vistiéndolas a la soldadesca y echándolas a correr por el Cerro Prieto, ahuyentarán fácilmente a los contrarios a muchas leguas de distancia.

Después de estas palabras que seguramente dejaron estupefacto al sargento, entró Gálvez a su tienda, se vistió de prisa y se fue a los cuarteles. Comenzó a saludar a los soldados que eran más de mil, y se em-



peñaba en darles la mano; les pedía que fueran sus amigos y camaradas y les ofrecía dinero abundante. Ordenó verbalmente a la tesorería que diera a cada soldado lo que pidiera, con lo cual “la casa del tesorero se transformó en jubileo plenísimo” y se impuso pronto la necesidad de suspender la orden del visitador.

En la comida, en presencia de todos los oficiales, continuó con sus disparates, repitiendo con insistencia que si alguno se atrevía a comentar sus órdenes, le pondría la cabeza a los pies, quemándolo en una pira. Los oficiales, y en particular el médico cirujano mayor de la expedición don Guillermo Gis, estimaron que el trastorno de Gálvez era una verdadera locura, pero nadie se atrevió a escribirlo. Se logró aislarlo en su cuarto, y se le aplicaron sangrías para calmarlo. Después fue llevado a la misión de Ures, con la esperanza de que un clima más saludable le fuera favorable. Pero los ataques de locura se repitieron desde el 25 de octubre hasta el 8 de diciembre.

Se asomaba a la ventana de la misión para gritar que él era el generalísimo de todas aquellas provincias con toda la potestad del rey y del Papa. Nombró a un mestizo gobernador de Sonora; dictaba órdenes para que un correo hiciera jornadas de ocho leguas o para que se construyeran inmediatamente caminos tan buenos como los de Flandes. Algunos decretos eran tan largos que no cabían en varias resmas de papel. Disponía que se cortaran cabezas, sin exceptuar al virrey, daba formas en blanco y repartía entre sus dependientes regalos en libranzas por cuantiosas sumas. “En fin, dice Viniegra, el señor visitador hizo en este tiempo todo lo que puede hacer y decir un hombre de su talento, sin llegar a perderle.” Pero aún hizo más enseguida.

Del 6 de diciembre de 1769 al 25 de enero de 1770, el extraño mal tuvo un receso y Gálvez pudo dictar una carta para el virrey explicando su dolencia era de calenturas malignas, aunque bien sabía que su cabeza había padecido una larga tormenta y se acordaba de sus disparates.

Los secretarios del visitador fueron autorizados para conducirlo a México. Iniciaron su marcha el 3 de febrero y el día 7 repitió el ataque, que continuó más o menos fuerte hasta el 28 de marzo. Decía Gálvez unas veces que era el rey de Prusia o Carlos XII de Suecia; en otras ocasiones *se titulaba almirante España* y consejero de Estado, o se creía inmortal e *impasible* como *San José* y aún como *el Padre Eterno*. Una vez quiso celebrar el Juicio Final en calidad de Verbo Divino. Afirmaba que había muerto y resucitado cinco veces después de haber visto el cielo empíreo. Hablaba de proyectos para construir un canal desde la laguna de Chalco,



cerca de la ciudad de México, hasta el puerto de Guaymas, con capacidad para la navegación de barcos de ochenta cañones. Distribuía capelos, mitras, collares del troison de oro, hábitos de órdenes militares, cruces de San Luis y hasta imperios enteros.

También tenía accesos de furia, rompía cerrojos, catres y ventanas, trataba de quemar sus ropas y su habitación, o se negaba a vestirse y se pasaba desnudo días enteros. En completa desnudez se ponía a la ventana y arengaba a los indios diciendo que él era Moctezuma y que los dogmas de la religión se reducían a creer en Nuestra Señora de Guadalupe y en el emperador Moctezuma. Afirmaba que la Sagrada Escritura se había referido a él con las palabras *Spiritus domini ferciatur super aquas*, puesto que había andado de monte en monte y de mar en mar. Se declaraba autor del himno *Dios irae* y de las comedias *Las armas de la hermosura* y *El triunfo de la Cruz*. Escribía frases sueltas en muchos papeles y entre ellos se halló uno que decía: “Joseph de Gálvez, loco para el mundo, infeliz para él, rueguen a Dios que sea feliz en el otro.”

Pedía con insistencia que se apresurara su viaje a México, porque ahí se le esperaba para presidir el Concilio y reclamaba que se rindiera homenaje de rodillas a su caja de tabacos, porque “en ella estaban cuatro hostias de pan ázimo que le había consagrado el Arzobispo de México según el rito griego.” Llegó a pasar hasta cinco días seguidos sin comer.

Pero el trastorno mental disminuyó. Pudo continuar el viaje y llegó a Chihuahua bastante mejorado el 30 de marzo. Allí encontró el betlemita fray Joaquín de la Trinidad, enviado por el virrey para proporcionarle auxilios médicos. Afirma Viniegra que aun cuando el fraile conocía que el mal del visitador era locura, consiguió que se volvieran para Sonora el cirujano Gis y el prefecto de las misiones, y escribió al virrey lo contrario de lo que había visto, aun cuando Gálvez le dijo que si el arzobispo y el virrey no salían a recibirlos en Querétaro, les mandaría cortar las cabezas. El informe de fray Joaquín de la Trinidad hizo que la noticia sobre la locura transmitidas por Azanza y Viniegra fueran juzgadas como irreverentes falsedades, y a falta de otra explicación puede deducirse que éste fue el motivo de su prisión que duró nueve meses, además de la confiscación de papeles y enseres personales. Al tomar declaración a Viniegra el propósito principal del funcionario que intervino en el proceso don Juan de Varela, fue obtener una declaración formal y amplia sobre el concepto en que habían transmitido de la enfermedad del visitador, en contradicción con otros informes.



Viniegra fue embarcado para España el 15 de enero de 1771. Azanza fue enviado a La Habana y se retractó de lo que había informado juntamente con Viniegra. En cambio, éste se negó a retractarse y a pesar de todos sus esfuerzos no parece que haya obtenido ni rehabilitación ni perdón. El documento que aquí se ha citado no tenía la finalidad de atacar a Gálvez, puesto que admitía que el trastorno mental había sido transitorio, sino de solicitar algún empleo. Todo el delito figurado, concluye:

Se cifró en haber notificado al virrey la demencia del señor visitador (feliz culpa que cometió nuestro honor, nobleza, lealtad y vasallaje, por Dios, por el rey, por el Estado): Quiero por un rato acusar de ligereza nuestro aviso, quiero que el frenesí furioso no fuese el señor visitador, sino nuestro, pero si con nosotros firmaron los informes de trastorno de juicio de cuanto iba sucediendo sujetos condecorados del ejército y la comitiva, ¿por qué no los arrestaron?

Muchos testigos pudieron confirmar lo escrito por Viniegra, pero no se intentó ninguna investigación o se han perdido las huellas de otros testimonios. La influencia de Gálvez era suficiente, para imponer censura y silencio sobre incidentes que podían perjudicar su prestigio y su brillante carrera.

Varios documentos mencionan la “enfermedad del señor visitador” pero los extremos de demencia solamente aparecen en los papeles que aquí se mencionan.

El profesor Sánchez-Barba formula la sospecha de que los accesos de locura fueron simulados por Gálvez, para justificar su retiro y el abandono de la expedición de Sonora. Sin embargo, esta hipótesis no pasa de tal, y en su contra puede alegarse que Gálvez llegó en sus accesos a tales extravíos, que resultaba peligrosa la simulación, ya sea para repartir dinero y otorgar nombramientos o para imponerse ayunos y exponer su persona y su investidura al ridículo en forma exagerada, al mismo tiempo que hacía funcionar la más rígida censura para evitar la difusión de los síntomas de locura.

Gálvez tenía suficiente poder, aun por encima del virrey, para decidir sobre la marcha de la expedición, y de su persona. Es más sencillo suponer que las fiebres palúdicas claramente identificadas, los excesos de trabajo y las preocupaciones por el fracaso de la empresa, obraron sobre un temperamento excitable, que hasta dentro de su normalidad aparente mostraba señales de megalomanía y exaltación. Los delirios y trastornos

producidos por las calenturas no son raros en los casos de paludismo agudo, y son generalmente ocasionales y transitorios.

De todos modos, no es éste el punto que principalmente nos interesa. Otras son las lecciones que deseamos deducir de esta “locura de Gálvez.”

El autor de *La última expansión española en América* expone como conclusión lo siguiente: La coyuntura histórica de Sonora en el siglo XVIII se aparece sobre una estructura social, económica y política radicalmente pobre y escasa de recursos. Su potencial económico era débil, su potencial humano insuficiente, los problemas planteados muchos, los elementos étnicos adversos. Todo se concitaba en extender sobre ella, y en general, sobre todo el noroeste de las posesiones españolas en América, una amplia y prolongada serie de circunstancias adversas. Al mismo tiempo, las tendencias de expansión colonial de algunas naciones europeas se encaminaban en dirección contraria de la expansión hispánica, comenzando en esta zona del Pacífico por la avanzada comercial, especialmente en el productivo comercio de pieles de nutria.

España no tenía una auténtica y dirigida política americana (excepto en el período de las actividades de Gálvez como visitador y después secretario del Despacho Universal de Indias) ni unidad orgánica de mando, ni mucho menos previsión para atender los problemas que se presentaban como peligrosos, y en esta ocasión se conformaba con una actitud defensiva. En consecuencia, Sonora no parecía señalada para tomar un papel importante en la geopolítica de su región, a no ser por la idea directriz incubada en la mente inquieta de José de Gálvez, que quiso dar una base a la acción ofensiva frente a las incursiones rusas, inglesas y después las norteamericanas, y evitar que el Océano Pacífico dejara de ser una especie de lago español y se convirtiera en espacio internacional.

Parece milagrosa la actividad de Gálvez, que intentó convertir a Sonora, débil y abandonada en eje de una amplia dinámica progresiva, superando la idea misionera del Padre Kino, al establecer un centro de operaciones y una base de la expansión española hacia el norte, última empresa de este tipo realizada por España en América, y ya con un sentido de política mundial. La locura de Gálvez, real o fingida, puso término a la tarea de pacificación, pero los principales objetivos quedaron plenamente alcanzados y logrados, convirtiéndose desde entonces toda la zona Sonora-California en emisora de expediciones al norte, para contrarrestar las acciones imperialistas de otras potencias. Los medios humanos y los factores materiales fueron escasos; el fermento revolucionario impidió la estabilización y continuidad de la empresa. Pero la idea de Gálvez, el



motor de una expansión española, la última en el tiempo y el espacio, es de extraordinaria calidad humana y política y de grandes repercusiones internacionales.

Se ha discutido el verdadero carácter de las misiones en la colonización de América en general y de California en particular, según se conceda más importancia a la función evangelizadora que a la tarea política. En realidad, las diferencias de criterio se deben principalmente a la diversidad de los puntos de vista. Los cronistas religiosos atienden naturalmente en primer lugar la obra catequista y los laicos, sobre todo en la época moderna, tratan de buscar los factores políticos, sociales y económicos que debían por fuerza acompañar a la acción evangelizadora. Entre los dos extremos, podría citarse la opinión de Bolton, quien a pesar de su doble divergencia religiosa y racial, aprecia este contraste con moderación:

Las frases de piedad no eran pura hipocresía. Existían verdaderos deseos de difundir la fe. Pero (los misioneros) eran muy pobres y tenían pocos recursos materiales para sostener los proyectos religiosos, y en consecuencia tenían que contribuir a finalidades religiosas y políticas. (Herbert C. Bolton: *Wider Horizons of American History*.)

Al referirse a estas palabras de Bolton, el autor de *La última expansión española en América*, expresa que hay razones de mayor profundidad que demuestran la adscripción de las misiones a la acción política, aunque sin perder su carácter fundamental de servir como vehículos a la evangelización. Y agrega que las dos grandes figuras de la expansión española en la Alta California son fundamentalmente dos: el político que concibió la gigantesca empresa, José de Gálvez, y el misionero que llevó a la práctica una de sus facetas fundamentales, fray Junípero Serra.

Pero debe observarse que en el siglo XVIII no aparecen mezclados en la iniciativa y realización de las grandes empresas las dos grandes figuras del conquistador y el Fraile, porque ya se presenta en lugar principal el político. Ya no es la empresa franca que se realiza a fuerza de valor y de sangre. El escenario se ha hecho universal y las empresas de expansión necesitan sujetarse a una técnica nueva y más rigurosa, aunque subsista el ideal de la monarquía española de difusión de la fe. En el caso de Gálvez, se advierte la intención de aprovechar con fines políticos la acción expansiva latente en la misma entraña de los franciscanos. Es preciso notar que al padre Serra no le era muy grato ser el continuador de las misiones ya organizadas por los jesuitas.



Quizá las misiones, una vez establecidas, abandonaron su carácter político, pero es indudable que fueron utilizadas como primer baluarte en el Pacífico contra las tentativas de potencias extranjeras. Y no debe olvidarse que el mantenimiento material de las misiones franciscanas del Pacífico en la Alta California, dependía directamente del virreinato, de donde partían las órdenes para cubrir sus necesidades de colonización.

Desde mediados del siglo xvii, después de realizar la conquista de Siberia y descubrir la península de Kamtchatka, los rusos se sintieron atraídos hacia el Océano Pacífico. En 1728 el marino danés Vito Behring y el ruso Tshirikov descubrieron la separación de los continentes asiático y americano, pero sin aproximarse a las costas del Nuevo Mundo. En 1740 se hicieron nuevos intentos de exploración, que llegaron al conocimiento de las autoridades españolas. El embajador de España en San Petersburgo, conde de Lacy, informó a su gobierno sobre estos viajes, aunque en forma imprecisa, porque los rusos procedían con gran sigilo. Sin embargo, se supo que otra expedición rusa había logrado establecer una colonia en territorio que se suponía perteneciente a California, a la altura aproximada de los 64 grados. Aunque eso era un error geográfico, los españoles se sintieron amenazados directamente y el virrey de Croix transmitió instrucciones a Gálvez para que se tomaran medidas defensivas, lo cual sirvió de estímulo para el movimiento hacia la Alta California.

El peligro ruso se volvió a sentir más tarde. El embajador de España en Rusia, don Miguel de Gálvez, hermano de José, informó sobre la presencia de los rusos en la costa americana, ya francamente dedicados al comercio de pieles, bajo la protección imperial y la dirección inmediata de Shelikov y Golikov. En 1779 la protección oficial se hizo más patente al crearse la Compañía Imperial Ruso-Americana de Pieles que ya revelaba una acción expansiva rusa en el Pacífico.

El gobierno español trató de investigar si Rusia estaba en tratos de alianza con los ingleses, y su representante en Moscú informó que no existían tales intentos, y que más bien había probabilidades de la unión de Rusia y España contra Inglaterra en el Pacífico. Pero esta tendencia no podría progresar porque a su vez Rusia no quería entrar en franca pugna con Inglaterra. En cambio, el ministro Floridablanca en una carta dirigida a Manuel Gálvez (Aranjuez, 4-6-1790, Archivo Histórico Nacional, est. leg. 4.131), insiste en la conveniencia de gestionar la alianza contra Inglaterra, pues las potencias europeas “podrían ver claramente la necesidad de impedir el predominio inglés, obteniendo nosotros (España) el equilibrio de los mares.”

Como puede verse, Floridablanca seguía los cauces de la política internacional de aquella época, en un juego que tuvo tantas variaciones y complicaciones, según las conveniencias dinásticas, militares o comerciales.

Los rusos siguieron desarrollando sus actividades comerciales, y en 1787, preparan en Irkustk una expedición destinada a establecer un tráfico permanente sobre la costa de América. Esta expedición dedicada, especialmente al tráfico de pieles fue muy provechosa para los rusos.

Es curioso observar cómo las complicaciones políticas internacionales ya presentaban desde entonces aspectos que se han prolongado hasta la época actual y aun parece que el criterio de D. Manuel de Gálvez se anticipa a las opiniones de algunas que se refieren al “peligro ruso.”

En efecto, en carta enviada a Floridablanca dice el citado Gálvez que tal peligro no era inminente, mientras no se estableciera en Kamtchatka una población poderosa que sirviera de base, pero informa que el gobierno ruso trabaja con mucha actividad “por medio de interesados en el comercio de peletería y expediciones que tiene proyectadas.” El ministro español en Rusia definía el sistema político de los rusos con estos puntos: 1o.—Mantener en esclavitud el paisanaje y en obediencia a la nobleza. 2o.—Mantener la preponderancia rusa en el norte de Europa. 3o.—Engrandecerse a costa de los turcos, persas y chinos “y aun en la América septentrional por la península de Kamtchatka e islas adyacentes, y 4o.—Engañar a las cortes europeas para que les ayuden en sus propósitos.”

Debe advertirse también que el virrey de la Nueva España, Conde Revillagigedo, creyó que el peligro ruso era menos inminente en el tiempo pero más próximo en el espacio, y propuso afirmar los límites de la soberanía española hasta el llamado estrecho de Juan de Fuca. (*Instrucción de Revillagigedo a Branciforte*, México, Biblioteca Nacional de España. Mss. 11.003). En julio de 1793 el comandante español en Nootka tuvo noticias de que los rusos se habían establecido en una de las islas de Cuadra, instalando una batería de diez cañones y comenzando algunas de fortificación. España quiso prevenir el conflicto concertando un tratado comercial con Rusia, pero Inglaterra se adelantó y procuró la alianza rusa.

Ante la realidad del peligro que significaba la expansión rusa más o menos combinada con la expansión inglesa (aumentada y corregida por su transformación en expansionismo yanqui) la postura española in-

dicada por el visitador Gálvez fue de afirmación sobre los territorios descubiertos por España. Pero a la muerte de Gálvez en 1784 se cambió la actitud española y el problema de América se convirtió en un asunto puramente político, juego de las complicaciones europeas. Y en la práctica, se olvidó la consigna de aprovechar como base de operaciones la vía terrestre a partir de las provincias de Sonora y California, y no confiar en la comunicación marítima, puesto que España había perdido el dominio del mar y no tenía barcos ni marinos para contener el empuje británico. (Informe político de don Alejandro Malaspina sobre las costas NO. de América. Publicado en el Viaje Político Científico alrededor del mundo por las Corbetas Descubierta y Atrevida. Madrid 1885.)

El ingeniero Miguel Constanzó sostenía que la necesidad de continuar la política de Gálvez mediante la comunicación de las provincias por tierra, asegurando las rutas y las fundaciones con recursos militares; fomentando la población; utilizando a las misiones como método de penetración y usando solamente para el tráfico marítimo embarcaciones pequeñas de cabotaje. (*Informe de don Miguel Constanzó al virrey de la Nueva España*, 17-10-1794; Biblioteca Nacional. España. Mss. 19.266, fol. 175 y ss.)

En cambio, el ilustre marino Alejandro Malaspina, aconsejaba la iniciación de un comercio activo, en competencia con rusos e ingleses, estableciendo un tráfico libre con las poblaciones nativas de la costa del Pacífico en vez de buscar la dominación política. Esa proposición implicaba reducir los límites de la expansión española de acuerdo con la realidad vigente, admitiendo que las exploraciones no bastaban para asegurar el dominio cuando faltaban las comunicaciones eficaces para sostener y poblar los territorios descubiertos. Debía también por motivos semejantes renunciarse a la actitud ofensiva y tratar de conservar cuando menos los grandes centros de producción minera de oro y plata. (Carta de Don Alejandro Malaspina dirigida al Consulado de México acerca de la conveniencia del establecimiento del comercio de pieles de nutria a cambio de efectos nacionales. *Museo Naval*, Madrid, Mss. Reino de Méjico. t II. fols. 56 r. 62. v.) Pero tales sugerencias no fueron escuchadas (y tal vez hubieran sido inútiles por tardías o impracticables). La libertad de comercio y navegación y el funcionamiento pleno de la iniciativa privada según las fórmulas inglesas, eran doctrinas extrañas para los españoles, adheridos al sistema clásico de explotación colonial y al concepto tradicional de soberanía fundada en el descubrimiento.

Por lo que se refiere a la novedad de las informaciones de la locura de Gálvez, es conveniente advertir que cuando menos desde el año de 1916 eran bien conocidos los datos del *Apunte instructivo* de Viniegra, identificado con esta ficha: 35 Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2845. 1773. Madrid, junio 1771. Con todos los detalles que ahora se repiten en esta glosa trató el asunto Herbert Ingram Priestley en su libro titulado *José de Gálvez, visitador general of New Spain. 1765-1771*). University of California Press. Berkeley, 1916. Además, en el Archivo Nacional de México puede consultarse el *Manifiesto de la conducta observada por Croix y Gálvez* de Eusebio Ventura Beleña (abril 9-1772. 104. 3-3), que contiene las mismas noticias del apunte de Viniegra.

Sobre el verdadero carácter de la locura del visitador, lo más interesante y decisivo sería conocer más de cerca del desarrollo de su personalidad, durante los años posteriores a su permanencia en la Nueva España. Parece que su conducta en el cargo de miembro del Consejo de Indias no presenta ningún rasgo de anormalidad, aunque no puede olvidarse en este caso la reticencia de los documentos oficiales.

De todos modos, no es la persona de Gálvez lo que deseamos evocar en estas páginas, sino los sucesos históricos en los cuales tuvo intervención como Visitador de la Nueva España. Sus actos, palabras y gestos tienen más bien incentivo por su calidad rara y dramática y como sugestión o símbolo de la gran empresa que marca el fin de la expansión hispánica en América. El viaje de Rezánof.—*Sus relaciones con doña Concepción Argüello*. (Bancroft, *Historia de California*, vol. III, cap. IV.)

Uno de los principales motivos declarados para la ocupación de San Diego y Monterrey en 1769, fue el temor de los españoles por el posible avance de los rusos en el norte. En realidad, los rusos estaban destinados a representar un papel importante en la historia de California. De ellos dependía la provincia a pesar suyo, por lo que se refiere al comercio exterior, durante muchos años. Se habían instalado en su frontera, casi en su territorio, y deberían servir y molestar al mismo tiempo. El contacto de rusos y españoles en California comenzó en 1806.

Los españoles no tenían ambiciones territoriales en el extremo norte del continente, ya que se habían disipado las viejas ideas sobre la contigüidad de las Indias y las Islas de las Especias, con otros ricos países intermedios. España había descubierto tierras a lo largo de la costa hasta los 56 grados y se consideraba con derecho a todo lo descubierto.

Los primeros exploradores rusos en las costas de Alaska eran de raza mezclada y se llamaban rusos con menor razón que los californianos eran



llamados españoles. Eran de Kamchatka y Siberia, (promyshleniks) una especie de cazadores de pieles y aventureros sueltos, solamente sujetos al gobierno para pagar como tributo una parte de sus adquisiciones. Eran tan crueles, brutales y ávidos como atrevidos y valientes. En 1785 terminó el terror anárquico de los “promyshleniks”, por la formación de grandes compañías que buscaban ansiosamente a través de la bruma señales de la tierra prometida. El “Juno” ancló fuera de la bahía, y en la mañana siguiente se encaminó derecho a la rada, a toda vela y a favor del viento y la marea. En vista de la crítica situación a bordo, Rezánof decidió pasar, aun con el riesgo de recibir algunos cañonazos de la fortaleza.

—¿Qué barco?— preguntó desde tierra el vigía español amplificando la voz con una bocina.

—Ruso. . .— fue la respuesta.

—Echad el ancla— gritó el español.

—Sí señor, si señor. . .— replicó el ruso, pero solamente echó el ancla cuando ya estaba fuera del alcance de los cañones.

La mejor y más completa relación de este viaje es la información de Rezánof. El relato de Langsdorff tiene más datos generales sobre California, pero es inferior al referirse a las actividades de Rezánof. Todos los demás autores que han tratado el asunto usan como base estas dos fuentes. Los archivos españoles contienen relativamente muy escasas noticias sobre esta visita.

Los rusos estaban a salvo de la batería de San Joaquín pero no podían creerse completamente fuera de peligro. El rey de España había prometido enviar instrucciones a las autoridades de California para que se tratara cortésmente y se ayudara en lo posible a la expedición de Krusenstern, de la cual Rezánof tomó parte. Pero no era seguro que tales instrucciones hubieran llegado efectivamente, y los españoles no podían admitir que el pequeño barco “Juno” con su maltratada tripulación fuera una escuadrilla rusa. Por otra parte, la cortesía y la buena voluntad no implicaban la derogación de las prohibiciones relativas al comercio con extranjeros, y no era oportuno apelar a razones de humanidad, porque era impolítico dar a conocer la miserable situación en que se encontraba el establecimiento de Sitka.

Treinta hombres armados que escoltaban al alférez Luis Argüello, encargado del mando por ausencia de su padre, se acercaron a la costa. Los acompañaba también el padre Uria. Langsdorff y el subteniente Da-



vidof bajaron a tierra para conferenciar con los españoles, y la conversación tuvo que entablarse en latín, entre el naturalista y el misionero. Todo parecía caminar bien, porque las instrucciones del rey se habían realmente recibido y los viajeros podían esperar cuando menos un auxilio de provisiones para sus más urgentes necesidades. Rezánof y sus oficiales fueron invitados para comer en el presidio, donde fueron atendidos por la señora de Argüello y su familia, ayudados por dos misioneros. Don Luis quiso informarse desde luego sobre la causa de que no hubieran aparecido el “Nedeshda” y el “Neva”, y por qué un embajador extraordinario se presentaba de modo tan informal, para enviar su informe al gobernador residente en Monterrey. Rezánof había previsto la pregunta y mañosamente procuró responderla sin descubrir el verdadero objeto de su viaje. Dijo que la escuadrilla de Krusentern había regresado a Rusia y que el Zar le había confiado el mando de todas las posesiones rusas en América; que había inspeccionado sus dominios durante el año anterior y había invernado en la bahía de Norfolk, y por último, que su viaje a California era par tratar con el gobernador, como representante de un país vecino, sobre sus mutuos intereses. Esto lo dijo para impresionar a los españoles con tal fin se reunieron en 1799 para formar el gigante monopolio de la Compañía Ruso-Americana, que era en realidad un departamento independiente del gobierno imperial ruso. Los establecimientos de las Islas Aleutianas prosperaron con la nueva administración, pero sufrían el grave obstáculo de la escasez de alimentos por la esterilidad de la región y la dificultad de las comunicaciones. El administrador de la colonia de Sitka era Alejandro Baranof.

En septiembre de 1805 llegó a Sitka el chambelan Nikolai Petrovich Rezánof en su carácter de inspector imperial de los establecimientos rusos del Noreste y plenipotenciario de la Compañía Ruso-Americana. Rezánof había salido dos años antes de su país con el cargo de embajador extraordinario acreditado ante la Corte del Japón, y formó parte de la expedición de Krusenstern y Lisiansky que con los navíos “Neva” y “Nadeshda” habían realizado el primer viaje ruso alrededor del mundo. En Petropavlovsk había dejado Rezánof el barco “Nadeshda” y acompañado por el naturalista y cirujano Dr. Langsdorff había seguido la ruta de las Islas Aleutianas hasta Sitka. Su intención era investigar la situación de la colonia, realizar estudios para su mejoramiento y proponer las reformas adecuadas para su futura prosperidad.

El Dr. G. H. von Langsdorff era consejero del emperador de Rusia, cónsul general en el Brasil, caballero de la Orden de Santa Ana y miem-

bro de varias academias y sociedades científicas. En 1813 publicó su libro titulado: *Viajes por varias partes del mundo en los años 1803 a 1807* en el cual se encuentran noticias sobre la expedición a California.

Greenhow (*Hist. Or.* 273-74), describe a Rezánof como “persona ridícula e incompetente, que después de su fracaso en el Japón fue a California y pasó en San Francisco algún tiempo dedicado a frivolidades.” Este cargo es infundado e injusto, aunque el autor sea un historiador inteligente y capaz. Los defectos de Rezánof, aún a juicio de sus enemigos, no se inclinaban del lado de la incompetencia y la frivolidad. Las autoridades rusas, que no tenían ningún interés en desvirtuar la verdad, lo consideraban como un hombre de gran capacidad, inteligencia y voluntad, que había hecho con su visita grandes beneficios a las colonias.

Aunque el chambelán no encontró defectos atribuibles a la administración de Baranof, parece que trabajó con celo y con éxito y logró mejorar la situación de los colonos rusos en Alaska. Pero se halló con un mal difícil de combatir: el hambre, que amenazaba a Sitka por el naufragio de un barco y el retraso de otro que debían llevar provisiones. Con una ración para doscientos hombres de una libra diaria de pan para cada uno, los víveres estaban por agotarse en pocas semanas. Era imposible pescar, y el pescado seco era ya también muy escaso. Los colonos comían cuervos, águilas y todo lo que podían, pero ya el escorbuto había aparecido. Una lluvia fría caía sin cesar, y el campamento era un cuadro de miseria, hambre, desesperación y muerte. Con razón exclamaba Rezánof: “Vivimos en Sitka solamente por la esperanza de abandonarla.”

Fue un alivio temporal la llegada del barco americano “Juno” mandado por el capitán Wolf, con un cargamento que Rezánof compró al precio de ocho mil dólares. En carta del mismo Rezánof a Zapiski se informa que el “Juno” era un barco sólido, rápido, de 200 toneladas. Cinco de los marineros americanos entraron al servicio de la compañía rusa y los demás se embarcaron con dirección a Hawai en el pequeño barco “Ernak” que Rezánof dio en parte de pago por el cargamento del “Juno”, aunque en el fondo tuviera serios temores por la suerte de los pasajeros del “Ernak” en semejante travesía.

Pero la situación de la colonia prometía ser peor para la primavera siguiente y Rezánof se decidió a emprender el viaje hacia California en busca de provisiones. El comercio estaba prohibido para los extranjeros, pero era más duro desafiar a la muerte por hambre que a las leyes españolas, que se aplicaban en el Pacífico. Era posible además hacer un buen negocio con pieles, si no con el permiso del virrey, al menos priva-

damente por conducto de los misioneros. (“...los misioneros eran los principales agentes de este comercio de contrabando.” Tichmenef, Istor Obsranie.—i, 146).

Una vez concebido el proyecto, se procedió con rapidez. Se hicieron en el “Juno” los preparativos para el viaje; se escogió un cargamento adecuado para interesar a los californianos (principalmente pieles finas) y el 8 de marzo de 1806 se hizo a la mar Rezánof, acompañado por Langsdorff. La tripulación, ya debilitada por el hambre en Sitka, se redujo rápidamente a la mitad por el escorbuto, porque la mitad estaba imposibilitada para trabajar. Tres veces fue tan inminente el peligro de naufragio, que se hicieron intentos en vano para guarecerse en el río Columbia. Ya se creía imposible llegar a California, pero el terrible escorbuto, que no respetaba a nadie, hizo necesario seguir adelante o perecer. Un cambio de luna trajo vientos favorables; el 4 de abril se alcanzó la latitud de California, y los marineros comenzaron a su importancia, y según su propia expresión. “No había exagerado mucho.” Con estos datos se envió el informe a Monterrey, además de una carta de Rezánof manifestando agradecimiento por las cortesías recibidas y el propósito de ir a visitar personalmente al gobernador Arrillaga. Al día siguiente los viajeros fueron agasajados en la misión, pero no se habló nada de comercio, aunque los padres parecían inclinados a tratar ese tema; tampoco se habló de la situación difícil en Sitka y más bien Rezánof hizo regalos tanto en el presidio como en la misión. Éste era un modo hábil de exhibir la calidad del cargamento del “Juno” y los padres comenzaron a insinuar proposiciones de trueque por víveres. Rezánof dice que los misioneros fueron los primeros en formular sus deseos, pero Langsdorff afirma que la iniciativa partió de Rezánof. Sin embargo, era preciso obtener previamente el permiso del gobernador, y para ello deseaba el ruso ir a Monterrey. El comandante del puerto, don José Argüello, llegó con una comunicación del gobernador en la cual se indicaba al visitante extranjero que para evitarle las molestias del viaje, el propio gobernador iría inmediatamente a San Francisco. “En esto reconocí —escribió Rezánof— el carácter suspicaz del gobierno español, que en todas partes impide a los extranjeros que lleguen al interior del país para que no observen la insignificancia de sus fuerzas militares.”

El contraste entre la miseria y el hambre en Sitka y el sol, la abundancia y el placer en California, comenzó a producir descontento entre la tripulación del “Juno”. Tres americanos y un prusiano pidieron quedarse en San Francisco. Rezánof prometió obtener el permiso del gobernador,



pero probablemente lo hizo sin mucho interés y le fue negado, y los dos hombres fueron internados en una isla de la bahía en espera de la salida de su barco. En cambio dos rusos lograron escapar, aunque probablemente más tarde fueron aprehendidos y enviados a San Blas. Además de Rezánof y Langsdorff se anotan entre la tripulación del “Juno” el capitán Nicolás Khorstoff, subteniente Gabriel Davidof, pilotos Illyn y Andreef y 43 hombres.

Arrillaga llegó el 18 de abril y recibió a los rusos con la misma cortesía que para ellos habían tenido los Argüello. Su habilidad para hablar el idioma francés hizo más fácil las conversaciones, aun cuando Rezánof ya estaba haciendo rápidos progresos en la lengua castellana, por el motivo que pronto se advertirá. Inmediatamente comenzó a tratarse el negocio comercial, pero el gobernador se mostró estricto y honrado, y en las sucesivas entrevistas y pláticas, logró que el ruso descubriera el dato esencial sobre el cargamento del “Juno” y su deseo de cambiarlo por víveres. Pero el astuto Rezánof por medio de mentiras diplomáticas procuró ocultar su angustiosa necesidad y hacer creer que solamente pretendía buscar futuros tratos comerciales, ofreciendo algunas mercancías y llevando muestras de los productos de California, para ver si eran adecuados para el mercado del Norte. El gobernador quiso saber algo más sobre viajes anteriores en los cuales habían participado los rusos, pero Rezánof eludió este tema y procuró halagar al jefe español, poco amigo de los “bostonianos contrabandistas y ladrones”, mencionando los fraudes que los angloamericanos habían hecho a los rusos y refiriéndose ampliamente al carácter tramposo de los yanquis.

Los argumentos y los halagos eran inútiles. Arrillaga comprendía las ventajas del comercio, pero no quería violar las leyes. La mayor concesión que podía hacer, cuando el ruso hubo agotado su elocuencia, era permitir la compra al contado de granos. Pero Rezánof sólo podía llevar una pequeña cantidad de víveres agregada a su cargamento de mercancías, y propuso que se permitiera a los padres usar el dinero que recibirían comprando algo del “Juno” y enviando al virrey un informe adecuado. El gobernador se negó afirmando que después de vivir sesenta años sin reproche, no cargaría su conciencia con semejante trampa. No sirvió para cambiar su opinión la circunstancia de que los padres parecían dispuestos a llevar a cabo el negocio, porque de todos modos prevalecía la suposición de que España y Rusia estaban en inminente y casi actual peligro de guerra.

Las negociaciones se estancaban. Por una parte, los californianos pensaban en la posibilidad de que llegara un barco español y el cargamento del “Juno” se pudiera decomisar, salvo que un navío de guerra ruso se anticipara. Rezánof negaba la veracidad de los rumores de guerra, pero reforzaba la guardia de su barco, porque hasta en los mismos tripulantes se advirtieron síntomas de descontento y posible desertión. Hasta se dijo que Arrillaga aumentó la guarnición de Santa Clara con tropas traídas de Monterrey para tenerlas más cerca en caso de necesidad.

Pero Rezánof ya tenía en su mano otra carta que podía jugar, antes de darse por vencido. Desde su llegada, visitaba diariamente la casa del comandante Argüello, donde era tratado muy cordialmente por toda la familia. “Entre las hermanas del comandante escribió Rezánof (en este caso se aplica el título de comandante a Luis Argüello), doña Concepción tiene fama de ser la más bella de California. Y su excelencia admitirá que tengo razón al decir que fuimos recompensados por nuestro sufrimiento y pasamos el tiempo muy agradablemente.” El hechizo de los ojos negros de doña Concepción, que impresionó al chambelán imperial, ha sido contado en prosa y en verso y es famoso episodio romántico de la época española en California. No deseo enturbiar tan hermoso cuento, pero es preciso confesar que esta aventura tiene una maciza base y una super estructura de ambición y diplomacia. Según Langsdorff, los brillantes ojos de doña Concepción emocionaron profundamente a Rezánof, pero también “pensó que un lazo nupcial con la hija del comandante de San Francisco era un gran paso para adelantarse hacia los objetos políticos que tanto le interesaban. Y en consecuencia, casi llegó a la resolución de sacrificarse en matrimonio en beneficio según lo esperaba, de los dos países.” Aunque Rezánof era un viudo ya no muy joven, tenía una figura notablemente atractiva, a juzgar por su retrato que aparece en un libro ruso. (Tikhmenef, *Istor Obosranie*, ii.)

La hermosa muchacha californiana era ambiciosa y no estaba muy contenta en su tierra nativa, aunque apenas tenía quince años, y decía burlonamente: “Aquí tenemos un suelo fértil, clima suave, granos y ganado, pero nada más.” No era raro que la vida de la corte en San Petersburgo, contada por tan distinguido y apuesto extranjero, fuera fascinadora para aquella niña, cansada de su ambiente de sol y de indolencia, hostigada por la monotonía de un campamento militar en aquella región de frontera, y que su corazón impulsado por su ambición correspondiera a los galanteos de un embajador y chambelán que, por desgracia, era además un hereje.



Cuando todos sus otros recursos fracasaron. Rezánof llegó hasta proponer matrimonio, pero hay en esto mismo una desagradable mezcla de diplomacia y amor.

Al advertir que mi situación no mejoraba, y con el temor de que surgiera un mal entendimiento, y desconfiando hasta de mi propia gente, me decidí a dar a mis cortesías un tono más serio. Poco a poco logré producir en ella un sentimiento de impaciencia por oírme algo más serio, por lo cual pedí su mano y ella consintió. Mi proposición consternó a sus padres, educados en el fanatismo; la diferencia de religión y la separación probable de su hija fue para ellos un golpe terrible. Ocurrieron a los misioneros, quienes no sabían que hacer. Doña Concepción tuvo que ir a la iglesia, se confesó, la amonestaron para que me rechazara, pero su decisión se sobrepuso a todo. Los santos padres apelaron a la resolución de la sede romana, si no pude consumar el matrimonio, pude cuando menos realizar al acto preliminar, o sea el contrato matrimonial y los esponsales.

Los padres aceptaron al fin y los misioneros se conformaron de mala gana, bajo la condición de que los esponsales se mantuvieran en secreto y sujetos a la aprobación del Papa. Según Langsdorff, Rezánof se proponía al volver a San Petersburgo, obtener el nombramiento de representante de Rusia en Madrid, disipar los malos entendimientos entre los dos gobiernos y volver a San Francisco por la vía de México para reclamar a su novia.

Doña Concepción ya había sido muy útil para su “devoto amigo” con informes sobre lo que se opinaba en materia comercial, pero la tarea de la hermosa espía cambió de forma desde el momento en que Rezánof fue considerado como miembro de la familia, y ni el hermano ni el padre le guardaban secretos. “Desde entonces, escribió Rezánof, manejé este puerto de su Católica Majestad de acuerdo con mis intereses, y el gobernador se sorprendía al ver que don José me confiaba sus más íntimos asuntos y que en la casa del comandante el gobernador era, por así decirlo, mi huesped.”

Había llegado la oportunidad de disponer del cargamento del “Juno”. Con la nueva alianza en favor del proyecto, el fracaso era imposible. El gobernador Arrillaga, a pesar de su integridad oficial, no podía resistir a los padres, al pueblo y a sus propias inclinaciones, ni a don José Argüello, con quien lo ligaba una amistad de treinta años, lo mismo que don José no podía ser sordo a las peticiones de su hija, la consentida de la familia. Doña Concepción veía el asunto a través de los ojos de su



enamorado ruso. Cuando Arrillaga cedió, se trazó un plan algo complicado, para realizar la operación al contado por ambas partes. Se debía presentar al gobernador una petición popular expresando la necesidad de los habitantes y la conveniencia de comprar las mercancías del “Juno,” que se pagarían en dinero efectivo por el mismo gobernador al comisario ruso. El nombre de Rezánof no aparecería en la transacción, excepto para comprobar las facultades del comisario en la venta. A su vez, el comisario dedicaría el dinero recibido a comprar granos y otras provisiones a los padres y éstos comprarían al gobernador las mercancías del “Juno”.

Esta es la versión de Rezánof sobre el arreglo, y si no es completamente exacta, no hay modo de corregirla, porque no se encuentra naturalmente la explicación en los archivos españoles. En abril 20, Rezánof pide permiso a Arrillaga para comprar al contado doscientas fanegas de trigo, cebada, frijol... cien arrobas de harina, cincuenta de sal, trescientas de mantequilla y trescientas de sebo, todo por valor de 5,002 pesos. En mayo 16 Argüello informa haber entregado al “Juno” los artículos citados y recibido mercancías por valor de 4,903 pesos. El 28 de mayo Arrillaga transmitió al virrey algunos despachos rusos; mencionó en términos generales el viaje de Rezánof, con expresiones favorables en cuanto a los proyectos de intercambio comercial entre los establecimientos españoles y rusos y en contra del tráfico con barcos ingleses o angloamericanos, y finalmente informó que se habían vendido víveres al contado y a cambio de algunos implementos. Según Langsdorff, las mercancías adquiridas por Rezánof valían 424,000 pesos y agrega a la lista respectiva maíz, carne salada, jabón y otros artículos.

El “Juno” fue cargado rápidamente y Rezánof retardo su salida lo menos posible. El 21 de mayo levó ancla y pasó frente a la fortaleza disparando y recibiendo los saludos de honor, y después de un largo y pesado viaje llegó a Sitka donde el hambre había hecho estragos, aunque algo había disminuido la miseria por la arribada de los arenques.

Anotamos de paso las observaciones de Langsdorff, indicando que como es natural la mayor parte se refieren a su especialidad de naturalista. En otros aspectos se advierte, por ejemplo, que no compartía el entusiasmo de Rezánof en cuanto a las perspectivas favorables del comercio con California y creía que la única manera practicable de aprovechar la fertilidad de este país era establecer en el sur una colonia rusa. En cuanto a las misiones, elogia su organización y el celo de los padres, señalando



sin embargo los defectos en cuanto a la higiene y el tratamiento de las enfermedades, y entre otras cosas dice:

Como los padres tienen más hombres y mujeres a su cargo de los que pueden tener empleados todo el año, si el trabajo se hiciera más fácil por medio de la introducción de molinos, temen los efectos de la ociosidad.

Después de pasar por Kamchatka, Rezánof se dirigió hacia Okotsk en su viaje hacia San Petersburgo, pero su constitución se había debilitado con las fatigas anteriores, y no pudo soportar el largo viaje. Sufrió un acceso violento de fiebre y tuvo que refugiarse en una cabaña. Apenas recobradas las fuerzas, continuó su travesía, pero a los doce días la debilidad y la fiebre provocaron una caída de su caballo y tuvo que detenerse otra vez encamado. Intentó reanudar su viaje antes de reponerse y murió en Krasnoyarsk el 10. de marzo de 1807.

Doña Concepción ignoró la muerte de su amado durante varios años, pero fue fiel a su memoria; rehusó escuchar otros pretendientes, y cuando fue evidente que su prometido había muerto o la había olvidado, tomó los hábitos de “beata” y dedicó su vida a obras de caridad. Probablemente acompañó a sus padres a la Baja California en 1815 y se encontraba en Loreto en 1818. Al año siguiente volvió a Santa Bárbara y después se reunió con sus padres en Guadalajara.

Después de la muerte de sus padres, volvió en 1829 a California y vivió con la familia Guerra, dedicada siempre a cuidar enfermos y otras tareas caritativas. Ahí la encontró Simpson en 1842 y por él supo con certeza la muerte de Rezánof. Cuando los dominicanos fundaron en Benicia el convento de Santa Catarina, doña Concepción entró en dicha casa de reclusión (con el nombre de Sor Dominica) y ahí murió en 1857 a la edad de 67 años. Disfrutó el respeto y la veneración de todos los que la conocieron y muy pocas familias dejaron de recordar sus bondades.

Había nacido y fue bautizada el 26 de febrero de 1790, En San Francisco. Fue su padrino el comandante Zúñiga, de San Diego, representado por Manuel Borunda. Todos los cronistas mencionan con respeto sus virtudes y sus actos de caridad y religión, cuidando a los enfermos, instruyendo niños tanto indios como españoles, su costumbre de llevar siempre un frasco de agua bendita, sus visitas a misiones y presidios, y su constante negativa a todas las proposiciones de matrimonio. El gobernador



Alvarado creía que una misteriosa advertencia le salvó la vida en Santa Bárbara, en 1838. Sus viajes fuera de California se conocen por sus cartas, conservadas en los archivos de la familia de don José de la Guerra y Noriega. En abril 20 de 1818 escribe a su hermano desde Loreto, y parece mortificada por la insistencia de un don Santiago (James Wilcox Smith) que se empeña en cortejarla y pedir su mano; se refiere a los rumores que sobre este asunto pudieran circular entre sus amistades de California, niega haber alentado las pretensiones de don Santiago, aunque confiesa que en alguna ocasión que si daba su consentimiento y él cambiaba de religión, podría salvar su alma, pero después reflexionó que si la conversión era sincera, no la necesitaba él a ella. Cualquier interés que hubiera manifestado por Wilcox era solamente por favores hechos a su familia. Expresa el deseo de que este asunto se explique especialmente a José de la Guerra y a Pablo Sola. El 16 de octubre de 1819 escribe a Guerra en Santa Bárbara con expresiones de tristeza y abatimiento; declara su intención de quedarse ahí mismo hasta su muerte, que cree muy próxima, y pide perdón por todas las molestias que ha causado.

Cuando Rezánof volvió a Sitka en su viaje de regreso, sus ideas dominantes eran establecer el comercio con California en forma permanente y adquirir para su Compañía tierras en la costa de Nueva Albión como base para el aprovisionamiento de los establecimientos del Norte. Entre otras cosas, pensaba poder llevar trabajadores chinos para las tareas agrícolas en California. Pero en el fondo tenía planes más ambiciosos. En una carta dirigida a su Compañía, fechada en Nuevo Arcángel en febrero de 1806, y marcada como “secreta” recomendaba un establecimiento en la región de Columbia y una avanzada hacia San Francisco, que marca la frontera de California. “Si podemos solamente —decía— obtener los medios para iniciar este plan, creo que podríamos atraer a Columbia pobladores de varias partes, y en el curso de diez años podríamos ser bastante fuertes para aprovechar un giro favorable de la política europea e incluir la costa de California entre las posesiones rusas... Los españoles son muy débiles en esas comarcas, y si en 1789, cuando se declaró la guerra con España, nuestra compañía hubiera tenido fuerza de acuerdo con su extensión, habría sido fácil ocupar una parte de California desde el grado 34 hasta Santa Bárbara, y apropiarse ese territorio para siempre porque la posición geográfica de México le habría impedido enviar auxilio. (Rezánof a Zapiski, 233-4.)



Una obra de Gertrude Atherton no es una fuente de información autorizada, de acuerdo con las reglas tradicionales de la investigación histórica. Sus narraciones sobre la vida de California y especialmente su novela titulada *Rezánov* corresponde al género híbrido que juzgan con tanta desconfianza tanto los estudiantes de historia como los críticos de arte. El estilo de la señora Atherton fue tachado de “romanticismo perverso”, y aunque se trate de obras tan importantes como *Salambó* de Flaubert o biografías de Ludwig o Maurois, la combinación de historia y novela es siempre peligrosa.

Sin embargo, la estricta subordinación al documento auténtico ya no es una servidumbre total. Y aun cuando se admita que sin documentos no hay historia, la noción de “documento” ya no se limita a los textos legalizados y certificados. Lo que importa es la selección y la discriminación, y la tarea de aproximarse a la verdad debe intentarse con tantas precauciones al examinar una escritura pública o una parte oficial que como una carta privada o un poema o una novela. En el caso de *Rezánov* es indudable que la señora Atherton procuró documentarse honradamente y vale la pena intentar un examen y una selección de los datos que merecen recogerse, de acuerdo con las finalidades que perseguimos en estas *Lecciones de California*.

En la *Enciclopedia británica* aparece una noticia sobre Rezánov que merece atención porque no es una simple referencia de diccionario. Por la extensión del texto que indica la importancia concedida al personaje, se despierta un interés especial, y más aún al advertir que la redactora de los párrafos respectivos fue Gertrude Franklin Atherton, autora de la novela *Rezánov* y otros libros de ambiente californiano de aquella época. Creemos útil traducir y reproducir aquí la noticia biográfica, que dice: Rezánov, Nicolai Petrovich de (1764-1807). Miembro de la nobleza rusa y de la administración durante los reinados de Catalina II, Pablo I y Alejandro I, fue uno de los diez barones de Rusia, y por sus servicios al Imperio fue recompensado con el título de Chambelán. En 1803 fue nombrado consejero privado y recibió la Orden de Santa Ana. Fue autor de un léxico del idioma japonés y de otras obras que se conservan en la Biblioteca de la Academia de Ciencias de San Petersburgo. Fue promotor del primer viaje de navegación alrededor del mundo y jefe de la expedición hasta Kamchatka en 1803 y el primer embajador ruso enviado al Japón en 1804. Pero la fama de Rezánov muchos años después de su muerte se debe a la gran Compañía comercial Ruso Americana, y su interés para los que estudian historia se relaciona con la política de dicha



empresa que interrumpida por su muerte prematura, pudo haber cambiado los destinos de Rusia y de los Estados Unidos.

En 1788 Rezánov conoció a Shelikov-Golikov, que se dedicaba al comercio de pieles, y se interesó en el proyecto de obtener un monopolio de esa explotación en las lejanas dependencias de la empresa. Rezánov tenía plena conciencia de sus propias energías latentes y ya estaba cansado de los placeres de una corte disoluta. Se hizo socio de la compañía y se convirtió rápidamente en un hábil e incansable hombre de negocios. A la muerte de Shelikov en 1795, Rezánov llegó a ser el director de las ricas compañías, ya amalgamadas pero no bien organizadas aún, y trató de obtener privilegios análogos a los que concedía la Gran Bretaña a la Compañía de las Indias Orientales. Ya había logrado convencer a Catalina para que ésta firmara la concesión, cuando murió la emperatriz, y tuvo que comenzar nuevamente sus gestiones con el intratable y desequilibrado Zar Pablo. Durante algún tiempo el proyecto pareció fracasado, pero la habilidad, astucia y constancia de Rezánov triunfaron y poco antes del asesinato de Pablo logró que se firmara el documento importantísimo que concedió a la Compañía Ruso Americana, por un término de veinte años, dominio sobre la costa NO de América, desde la latitud de 55 grados hacia el Norte y sobre la cadena de islas que se extiende de Kamchatka hasta el Norte y el Sur del Japón.

Este famoso “trust” que obligó a reunirse a todas las pequeñas compañías y traficantes independientes, fue una fuente de abundantes ganancias para Rezánov y sus asociados, entre los cuales se encontraban algunos miembros de la familia imperial, hasta los primeros años del siglo XIX, cuando la escasez de alimentos y la mala administración provocaron grandes pérdidas y amenazas de ruina.

Después del fracaso de una embajada en el Japón, Rezánov llegó hasta Kamchatka en 1805, donde encontró órdenes que lo esperaban para permanecer en las colonias rusas como inspector general y plenipotenciario de la compañía, con el propósito de corregir los abusos que estaban matando a la gran empresa. Continuó lentamente su viaje hacia Sitka por la vía de las islas, dictando medidas para proteger a los animales proveedores de pieles en contra de las matanzas desordenadas, castigando a los que quebrantaban los reglamentos de la compañía, y procurando hacer sentir una influencia civilizadora por medio de escuelas y bibliotecas, donaciones personales de libros y hasta escuelas de cocina.

Al terminar el invierno en Sitka, donde se había fijado el centro de la colonia, la escasez de víveres llegó a su extremo, hasta la inminencia



de morir de hambre. Entonces compró Rezánov un barco yanqui para navegar hacia California y tratar de cambiar su tentador cargamento de artículos rusos y angloamericanos por alimentos y negociar un tratado para abastecerse dos veces por año con los abundantes productos de la Nueva España.

El barco de Rezánov (el “Juno”) echó anclas en la bahía de San Francisco en los primeros días de abril de 1806 después de un viaje borrascoso que impidió tomar posesión en nombre de Rusia del Río Columbia. Aunque fue recibido con gran cortesía y agasajado constantemente por los alegres californianos, supo inmediatamente que las leyes españolas prohibían a las colonias el comercio con naciones extranjeras, y que el gobernador de las Californias era incorruptible. Rezánov hubiera fracasado otra vez, pero tuvo éxito gracias a un lance de amor con la hija del comandante militar de San Francisco, don José Argüello, y por sus habilidades personales diplomáticas que le permitieron obtener el apoyo del clero. Y cuando el “Juno” volvió a navegar hacia Sitka seis semanas después de su llegada, cargado con harina, cereales y carne seca, llevaba consigo la promesa del confuso gobernador para transmitir un proyecto de tratado con España y un compromiso de matrimonio con la más hermosa doncella de California. Poco después de llegar a Sitka siguió por mar rumbo a Kamchatka; desde ahí envió barcos para quitar al Japón el dominio de la isla Sakhaline, perteneciente al grupo Sur de las Kuriles y después siguió por tierra hacia San Petersburgo, para gestionar la firma del tratado con España y también cartas personales del Papa y del rey de España para lograr la licencia indispensable para su casamiento. Murió de fiebre y fatiga en Krasnaoriark, Siberia, el 8 de marzo de 1807.

El tratado para establecer relaciones comerciales entre Rusia y California, aunque fuera una simple proposición, provocó en la Nueva España una verdadera conmoción y fue la última empresa intentada por Rezánov. El propósito era sincero y humanitario, porque pretendía favorecer a los trabajadores y a los pobres nativos que eran casi esclavos de la compañía, pero tenía por fuerza que causar escándalo. La correspondencia de Rezánov con la compañía y con Zapinsky descubre claramente la definida intención de anexas a Rusia toda la costa occidental de Norteamérica y fomentar la inmigración rusa en gran escala. Si Rezánov hubiera vivido, tomando en cuenta todas las circunstancias, es casi seguro que habría realizado sus planes. El tratado nunca se firmó; las reformas de Rezánov murieron por falta de aliento; las colonias rusas decayeron poco a poco; la joven española que amó a Rezánov se hizo monja, y uno de los más



hábil y ambiciosos hombres de su época yace olvidado en el cementerio de un pobre pueblo siberiano. (Bancroft, *Historia de California y de Alaska*; Tikménev, *Revista histórica del origen de la Compañía Ruso-Americana*; *Correspondencia Rezánov-Zapinsky*; *Viajes de Krusenstern y Langsford*.)